

Comentario Radiofónico del 15 de abril de 1996

El Gusto por los Supuestos Líderes Excepcionales

Lorenzo Meyer

Otra vez Carlos Salinas aparece en la prensa norteamericana, pero ahora como noticia secundaria, burlona e ilustrada con la famosa --por ridícula-- fotografía de la huelga de hambre de 1995 (*The New York Times*, 8 de abril). ¿El motivo?: un reportaje sobre el juego del escondite que el expresidente ha estado practicando en su exilio.

Carlos Salinas se une así a la cadena formada por Porfirio Díaz, Victoriano Huerta y Plutarco Elías Calles: el grupo de "hombres fuertes" del siglo XX que por un tiempo --largo en el caso de Díaz, cortísimo en el de Huerta-- fueron elevados a la altura de estadistas por las grandes potencias y luego --cuando sus fracasos los convirtieron en peso muerto para sus antiguos aliados--, sufrieron la marginación, el olvido y, ahora, incluso el ridículo.

Históricamente, las grandes potencias han tenido debilidad por los gobiernos fuertes en sus zonas de influencia. Poco les ha importado los medios que esos gobiernos hayan usado para lograr y mantener el poder: violencia, fraudes y autoritarismo. Para esos países dominantes, lo importante es que haya orden y eficacia en sus periferias, lo demás es lo de menos. La relación entre México y las grandes potencias es un ejemplo de lo anterior.

Mientras que el objetivo de los Estados Unidos fue expandir su territorio, la debilidad de los gobiernos mexicanos le resultó muy conveniente. Sin embargo, una vez completada la conquista territorial, lo que interesó a Estados Unidos y Europa respecto de México fue que hubiera una autoridad central que creara el ambiente propicio para invertir en ferrocarriles, minas, bancos o petróleo.

Fue así que, en términos generales, el interés de la dictadura de Porfirio Díaz y las grandes potencias de la época coincidieron. Para el presidente Taft, por ejemplo, no significó ningún sacrificio o desdoro celebrar a principios de siglo la primera cumbre mexicano-americana con alguien a quien se podía calificar de varias maneras menos de demócrata. Con igual desenfado el rey de Inglaterra le otorgó la orden de bath. El problema no fue tratar con un dictador, sino que hacer cuando una revolución acabó en unos cuantos meses con un sistema que se supuso más sólido que el Peñón de Gibraltar.

Cuando el huracán revolucionario amainó y el radicalismo original de Plutarco Elías Calles perdió su filo, el gobierno norteamericano por intermedio del embajador Dwight Morrow, volvió a encontrar al brazo fuerte que buscaba, por ello propuso resolver la crisis provocada por el asesinato de Obregón con la prolongación de la presidencia de Calles. La creación del partido

de Estado en 1929 y las elecciones fraudulentas que le siguieron, no molestaron para nada a Washington o Europa, que dieron todo su apoyo al llamado "Jefe Máximo" para derrotar a los rebeldes escobaristas y doblegar a la Iglesia católica. Sin embargo, cuando el general Cárdenas le ganó a Calles la partida, Estados Unidos simplemente le dieron a su aliado asilo...y le volvieron la espalda.

El general Cárdenas resultó otro hombre fuerte, pero uno que prudentemente prefirió ceder su lugar a las instituciones y no caer en la tentación de Calles. Pero cuando a partir de 1968 las instituciones corporativas creadas por el cardenismo entraron en crisis, el norte, Europa y Japón, volvieron a la búsqueda de la solución fácil: la del líder fuerte pero razonable; por ello su entusiasta apoyo en 1988 al joven posgraduado de Harvard: Carlos Salinas, sin importar como había logrado el poder.

Tras el desastre del salinismo, el mundo externo --y la sociedad mexicana-- debe de aceptar que ningún "líder providencial", ningún personaje excepcional, puede ser el sustituto funcional de una estabilidad basada en las instituciones legítimas, que en este caso son las democráticas. Vamos, por tanto, a aprovechar la circunstancia de que hoy en México no hay candidato a "hombre fuerte", e intentemos hacer realidad lo que Calles propuso en 1928 pero que nunca cumplió: transformar a México de un país de caudillos o de instituciones autoritarias, en otro de instituciones legítimas, democráticas. Es la única alternativa razonable y práctica, no hay otra.

AGENDA CIUDADANA

Los "Hombres Fuertes" y las Instituciones

Lorenzo Meyer

El Gusto por el Orden y la Buena Disposición.-

Históricamente, las grandes potencias han mostrado predilección por los gobiernos fuertes en los países que forman sus periferias o zonas de influencia; exactamente lo mismo se puede decir de las élites económicas nativas. Poco, si es que algo, han importado en las cancillerías, en los consejos de administración o en los mercados de valores, los medios que esos gobiernos supuestamente fuertes han empleado para hacerse del poder y mantenerlo: rebeliones, golpes militares, fraudes, corrupción, violación de los derechos humanos, etcétera. Para los poderes dominantes no ha significado gran problema el efecto negativo que el autoritarismo ha tenido en esas sociedades periféricas, lo importante ha sido la voluntad de orden y la disposición de sus "hombres fuertes" para solucionar de la manera directa los problemas que atañen a los intereses creados; lo demás es lo de menos. La historia del México independiente ilustra bien el punto anterior.

Mientras que en el siglo XIX el objetivo de los Estados Unidos fue expandir su territorio o el de Francia construirse una zona de influencia en la América "Latina", la debilidad de los gobiernos mexicanos resultó ser muy conveniente para Washington, Paris o los grandes agiotistas de la época. Sin embargo, para fines del siglo la situación había cambiado: lo que interesaba a las potencias imperiales en relación a México era que se

consolidara en ese país una autoridad central fuerte, sin importar su naturaleza. Lo que buscaban era una autoridad, cualquiera, capaz de pagar la deuda pública y las reclamaciones, capaz de crear un ambiente propicio para las empresas ferroviarias, mineras, bancarias, agrícolas o petroleras; un gobierno con el poder suficiente y la disposición para tratar, y resolver por los medios que fuera necesario, los asuntos económicos, políticos y sociales que interesaban a los inversionistas, a sus cancillerías y a la oligarquía local.

La fórmula de apoyar prácticamente a cualquier caudillo o grupo político a condición de que fuera funcional a los intereses de las élites locales y foráneas, resultó prácticamente irresistible para los interesados en lo simple y lo inmediato. Sin embargo, la experiencia histórica ha mostrado una y otra vez que, a la larga, esa fórmula termina por producir desastres para casi todos. Un gobierno sostenido básicamente en la fuerza del líder, inevitablemente antepone la lógica de los intereses personales a cualquier otra, incluida la de los intereses de las grandes potencias o las clases dominantes, especialmente en momentos de crisis. Además, la personalización del poder impide que las instituciones, en particular las legítimas, echen raíces y se fortalezcan. Sin sustento institucional efectivo, cualquier estabilidad y orden tendrá bases endebles, incapaces de resistir el largo plazo.

El Rosario de Líderes Excepcionales que no lo Fueron Tanto.-
Para probar la hipótesis anterior, basta recapitular la experiencia de los "líderes fuertes" mexicanos de este siglo. El

primero tiene que ser, desde luego, el general Porfirio Díaz Mori. Tras un inicio difícil, donde se notaron más las contradicciones que las coincidencias con los países poderosos -- pago de reclamaciones, de deudas, control de la frontera, contrabando--, finalmente los intereses de la dictadura de Porfirio Díaz y los de los gobiernos de Estados Unidos, las potencias europeas y la oligarquía local, coincidieron. Para el presidente Taft no significó entonces ningún desdoro celebrar la primera cumbre mexicano-americana con alguien a quién se podía calificar de varias maneras menos de demócrata. Su Majestad Británica tampoco puso reparo en otorgar al anciano dictador y supuesto arquitecto de la modernidad mexicana, la famosa *Order of the Bath* (Orden del Baño). El problema para las potencias extranjeras y los poderosos locales no fue tratar con un dictador, sino decidir que hacer cuando una revolución bastante desorganizada acabó en unos cuantos meses con un sistema de poder personal que Washington, Londres, París, Madrid o los "científicos" y hacendados mexicanos, habían considerado más sólido que Gibraltar.

A nadie puede extrañar que el embajador norteamericano, los ministros europeos en México, así como los terratenientes o el partido católico, vieran en 1913 el asesinato del presidente Madero y en la dictadura militar del general Victoriano Huerta, el principio de la solución de todos los problemas macropolíticos. Lo realmente novedoso fue que entonces, en Estados Unidos, un presidente recién electo --el exprofesor Woodrow Wilson--, con un programa político nuevo y en un ambiente

donde la lógica del anticomunismo aún no había aparecido, decidiera no apoyar la dictadura huertista y, en cambio, intentara apoyar una futura estabilidad mexicana por la vía de la reforma revolucionaria y la institucionalización de la democracia política. Desafortunadamente, la complejidad del proceso mexicano, la miopía de los inversionistas norteamericanos y europeos y el estallido de la Gran Guerra Mundial, hicieron que evento tan extraordinario en la relación entre un país poderoso y uno periférico, no llegara a un feliz término. En cualquier caso, Huerta habría de terminar sus días sin honra y en una prisión norteamericana.

Cuando a fines de los años veinte, el huracán revolucionario amainó y el radicalismo original del presidente Plutarco Elías Calles perdió su filo, el gobierno norteamericano, por intermedio del embajador Dwight Morrow, volvió a encontrar en México al líder fuerte que buscaba; los europeos secundaron la decisión. Tan satisfecho estaba Morrow con Calles, que le sugirió resolver la crisis provocada por el asesinato de Obregón --el presidente reelecto en 1928--, por la vía de la prolongación de su propia presidencia. Calles fue más sutil, abandonó la presidencia tal y como lo exigía la constitución, pero de inmediato creó una nueva posición de poder más importante: la de Jefe Máximo de la Revolución Mexicana. La emergencia de un partido de Estado (PNR) en 1929 y las elecciones fraudulentas que le siguieron, no molestaron para nada a Washington, a Europa o a la nueva burguesía mexicana. Estados Unidos le dio a Calles todo su apoyo para derrotar a los rebeldes escobaristas y para obligar a la

Iglesia católica a llegar a un arreglo en los términos deseados por el gobierno. Sin embargo, cuando a mediados de 1935, en unos cuantos días y sin derramar sangre, el presidente Lázaro Cárdenas acabó con el poder del "Jefe Máximo", el país del norte y todos los demás, simplemente le dieron la espalda al ex Jefe Máximo.

El general Cárdenas resultó ser el siguiente "hombre fuerte", pero a diferencia de sus antecesores, no buscó asentar esa fuerza en el apoyo externo sino en el interno, y no en el del nuevo capital que emergía de las cenizas de la Revolución, sino en el de las organizaciones de masas. Sin embargo, lo más distintivo del presidente Cárdenas en materia de largo plazo fue su decisión de no caer en la tentación de Calles de pretender ser el poder tras el trono. No, el general michoacano uso el poder recién creado para fortalecer a las nuevas instituciones. Desafortunadamente, esas instituciones no fueron precisamente democráticas, sino corporativas y, finalmente, autoritarias: una presidencia sin contrapesos basada en un partido de Estado organizado por sectores, y que ganó las elecciones de 1940 con base en un gran fraude.

La Última Etapa.- Las instituciones del cardenismo, aunque autoritarias, en su origen contaron con una amplia base social y lograron dar a México una estabilidad política muy superior a la que le hasta entonces le habían proporcionado los supuestos "hombres fuertes". Sin embargo, y finalmente, por no tener un carácter democrático, esas instituciones resultaron ser inferiores a los desafíos, y en 1968, en la Plaza de las Tres

Culturas, iniciaron su largo, costoso, trágico e irreversible descenso.

Luis Echeverría, José López Portillo o Miguel de la Madrid no fueron, en realidad, peores ni mejores que sus antecesores inmediatos, lo que resultó distinto fue la capacidad de las instituciones autoritarias que encabezaron para resolver los problemas que enfrentaron. A partir del 68, fue claro que la presidencia había perdido su capacidad de funcionar como el mecanismo de relojería que había sido en la época de Adolfo Ruiz Cortines o de Adolfo López Mateos; la sociedad mexicana ya no era la misma, había evolucionado, y requería de un mayor pluralismo en sus instituciones políticas. Pero un auténtico pluralismo era justamente lo que un sistema como el mexicano no podía dar, de ahí la serie sistemática de desastres que siguieron: las dos docenas trágicas.

Tanto los poderes nacionales e internacionales se negaron a ver en la transición mexicana a la democracia la posibilidad de resolver de raíz el viejo problema político, y simplemente culparon del desastre a los presidentes y no a las condiciones en que ejercieron el poder. Todos, desde el "Grupo Monterrey" hasta la Comisión Trilateral, desde los exbanqueros hasta el Departamento de Estado, volvieron a la búsqueda, o más bien a la espera, del líder fuerte; de alguien que sin necesidad de modificar en lo fundamental *status quo*, le devolviera el vigor del pasado. Finalmente, y justo cuando surgía la "amenaza neocardenista" --la posibilidad de iniciar la transición democrática--, los poderes internos y externos encontraron en

1988 lo que buscaban en la persona y en el proyecto de un joven inteligente, extraordinariamente ambicioso y posgraduado de Harvard: Carlos Salinas de Gortari.

No es necesario volver a resumir aquí la historia del estrepitoso fracaso del salinismo, todos estamos viviendo sus efectos, desde los asalariados hasta los inversionistas extranjeros, pasando por Ernesto Zedillo y el PRI. A ocho años de distancia, Carlos Salinas, otro "hombre providencial", aparece en la prensa extranjera como mera noticia secundaria, burlona: su juego al escondite internacional es hoy empleado como ilustración de la debilidad estructural de un sistema político en el que ya nadie confía (*The New York Times*, 8 de abril).

El gusto de los inversionistas nacionales e internacionales, de las cancillerías extranjeras y de tantos otros por las soluciones políticas basadas en un "brazo fuerte", ha probado sistemáticamente ser un desastre para casi todos los interesados. Si de algo sirve la experiencia histórica mexicana, es para demostrar que ningún "líder providencial" puede ser ya el sustituto de una estabilidad basada en las instituciones. La sociedad mexicana y los países con intereses en ella, pueden y deben aprovechar la circunstancia de que hoy en México no hay "hombre fuerte" ni candidato a serlo. Es necesario no perder la oportunidad para llevar a la práctica lo que una vez el propio presidente Calles propuso como solución a los males históricos del país pero que él mismo se encargó de echar por la borda: transformar a México de un país de caudillos en uno de

instituciones, pero de instituciones legítimas; son las únicas que garantizan el largo plazo.